

Todas las tierras del imperio mogol eran consideradas como de propiedad personal del soberano. Estaban divididas en dos categorías: las unas dadas por el emperador á sus jefes militares con la condición de mantener sus tropas y de pagar además una suma anual al tesoro; las otras arrendadas á colonos mediante una renta anual. Los colonos, como los virreyes, ejercían un poder absoluto sobre las poblaciones que gobernaban. Sus exacciones eran, naturalmente, frecuentes. El labrador, cansado de trabajar siempre en provecho de otro, perdía todo interés en el cultivo y ni labraba ni cosechaba sino por fuerza y bajo el látigo. El que llegaba á adquirir algo, lo enterraba en el suelo y fingía la mayor miseria, temeroso de ser arbitrariamente despojado.

El viajero Francis Bernier, que residió doce años en Delhi á mediados del siglo xvii, bajo el reinado de Shah Jehán, y de quien tomamos estos detalles, pinta con muy sombríos colores la tiranía y la venalidad de los gobernadores de provincia y el miserable estado del pueblo.

La justicia era mal administrada. Los jueces, como los ministros del rey, sus cortesanos y sus mujeres, se dejaban convencer principalmente por regalos. Akbar, es verdad, había hecho colgar en su palacio campanas que cualquiera podía tocar para quejarse de algún agravio sufrido injustamente; pero era sabido que el que recurriese á este medio se exponía á las terribles represalias de personajes poderosos, y raramente servía para remediar abusos.

En la imposibilidad el emperador de gobernar por sí mismo sus vastos Estados y de vigilar á sus virreyes, enviaba por todas partes inspectores que debían seguidamente darle cuenta; pero estos no denunciaban apenas sino á aquellos gobernadores demasiado pobres ó demasiado avaros para pagar un buen informe.

La organización del ejército dejaba igualmente mucho que desear. Reemplazado el sistema de Akbar de pagar á los soldados en dinero por el de hacer donaciones de tierras á los emires

á condición de sostener un cierto número de soldados, y temporales esas donaciones, resultaba que los que las obtenían no cuidaban sino de enriquecerse rápidamente gastando en las tropas lo menos posible. Con frecuencia licenciaban á los soldados y vendían los caballos. Cuando era preciso presentarse en una revista, alquilaba el emir caballos y vestía y armaba esclavos. El emperador no ignoraba estas supercherías, pero cerraba ante ellas los ojos y se contentaba con cambiar frecuentemente sus gobernadores y sus generales á fin de que no tuviesen tiempo de adquirir demasiadas riquezas y de hacerse bastante poderosos para recurrir á la rebelión.

A pesar de esta organización imperfecta, los repetidos éxitos de los ejércitos musulmanes sobre los ejércitos indos prueban la superioridad de los primeros. En la época de las primeras conquistas en el Dekkán, en el siglo xv, se ve al bajá de Bijanagar admirarse de no vencer jamás á los musulmanes y reunir una asamblea de kchatryas y de bracmanes para descubrir la causa de sus constantes derrotas, cuando tenía más soldados, más tierras y más dinero.

Hablaron los bracmanes los primeros y declararon que era sin duda la voluntad divina. Pero los kchatryas reconocieron que los musulmanes eran mejores arqueros que los indos, y agregaron que los caballos persas ó árabes formaban otra caballería que los poneys del Dekkán. Desde entonces todos los esfuerzos de los rajás indos tendieron á atraer musulmanes á sus ejércitos. Llegaron á incorporárselos en gran número y á proporcionar algunos fracasos á los reinos musulmanes del Dekkán, siempre desgarrados por sus luchas intestinas. Los éxitos de los indos duraron, por lo demás, hasta el día en que los reinos musulmanes olvidaron por un instante sus querellas para coligarse contra ellos.

Ocurrió esto hacia el final del imperio mogol, cuando, más raras las guerras, los ejércitos musulmanes se desorganizaron y cayeron en el mal estado que hemos indicado, á consecuencia de la indiferencia y la avaricia de sus jefes. Resultaron en las

manos de los emperadores instrumento insuficiente las revueltas de los indígenas, y las de los virreyes comenzaron á abatir la pujanza mogol.

Orengzeb, que vivió en guerras continuas, había tomado el partido de no abandonar más su campo. Llegó, agotando el tesoro secreto de sus predecesores, á rodearse de fuerzas inmensas, de una artillería considerable y de una caballería bien organizada. Pasó sus días en medio de este ejército tan brillante como formidable. Sus mujeres, sus joyas, sus espléndidas vestiduras eran transportadas tras él á lomo de elefante, protegidas por los cañones y las espesas filas de sus guerreros y precedidas de quemadores de perfumes.

Cuando el emperador hacía alto, se levantaban las tiendas con rapidez sorprendente. Parecía surgir de la tierra una ciudad con sus calles bien alineadas, sus plazas, sus encrucijadas y sus fortificaciones. Estaba el plan trazado de antemano y cada tienda de campaña tenía señalado su lugar.

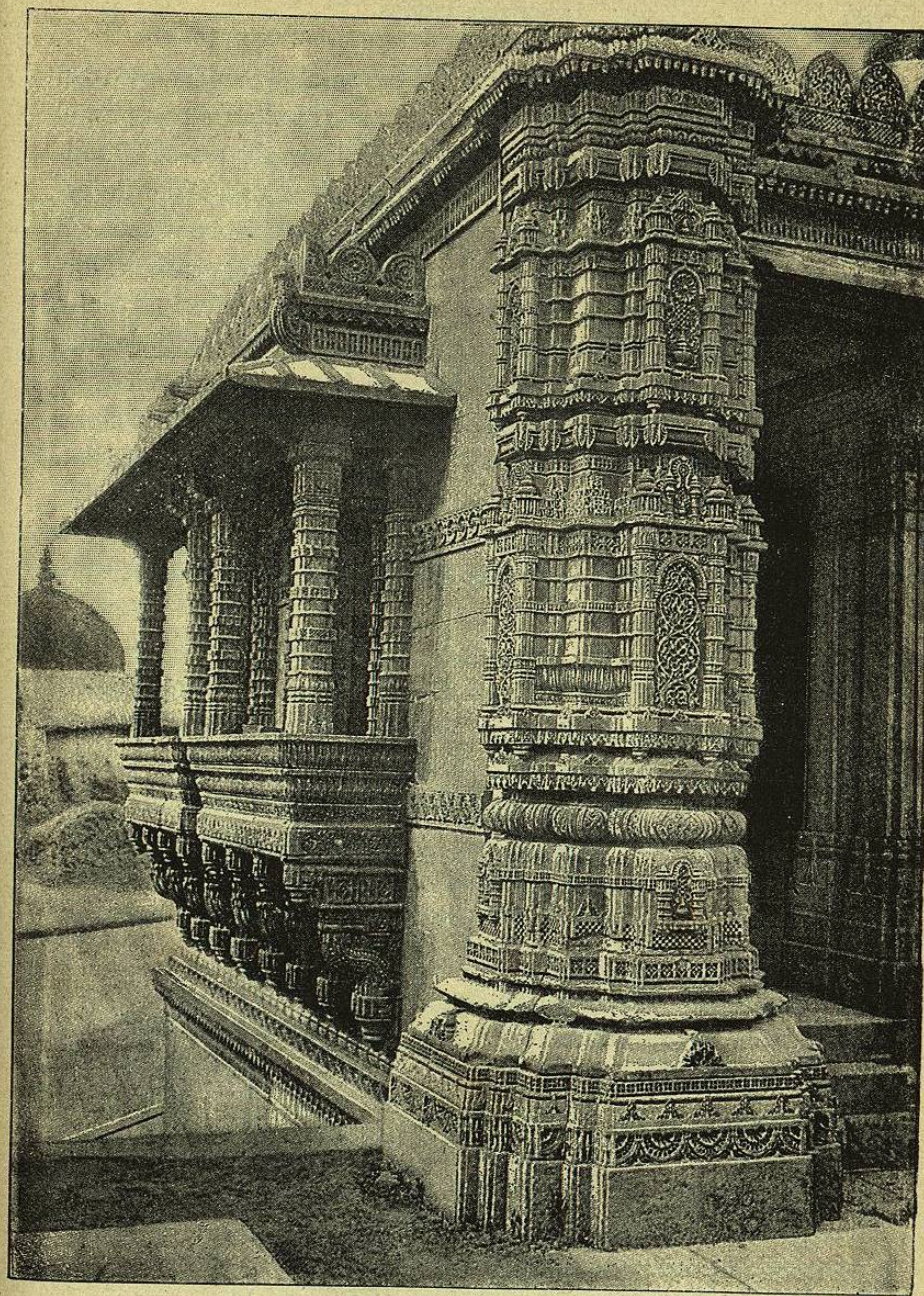
Movibles palacios ofrecían al monarca todas las comodidades de los más espléndidos edificios. Resultaba el campo de Orengzeb la verdadera capital del imperio.

Desempeñaban las mujeres papel muy importante en la corte de los Grandes Mogoles.

Por sus uniones con princesas indas, y sobre todo con las hijas de los jefes rajputes, los emperadores mogoles — los primeros al menos — intentaron fusionar las dos razas; estimularon las uniones de este género contratadas á ejemplo suyo por los musulmanes.

El número de las mujeres era ilimitado para los Grandes Mogoles, que en este como en otros muchos puntos no respetaban gran cosa la ley de Mahoma. Shah Jehán tuvo hasta dos mil mujeres en su harén; tan elevada cifra no le parecía, por otra parte, suficiente, pues no desdeñaba buscar á veces sus queridas entre las mujeres de sus emires. Excitó así vivos disgustos, pues el adulterio estaba anatematizado entre los mogoles.

Si temían mucho los grandes señores en cuanto á sus esposas



AHMEDABAD. — Mezquita Rani Sipri. (Siglo xv.)

(Altura de la parte representada 4^m,50.)

las atenciones demasiado solícitas del emperador, les lisonjaban cuando eran dirigidas á sus hijas. Colocar una de sus hijas en el *mahal* ó harén imperial era la gran ambición de los altos funcionarios. Como concubina podía ejercer allí el útil oficio de esposa. Si llegaba á agradar más completamente y se convertía en *begum* ó reina, adquiría una gran influencia y aseguraba la fortuna de su familia.

Mujeres viejas, empleadas como dueñas ó vigilantes del harén, eran frecuentemente potencias con las cuales los virreyes y hasta los soberanos extranjeros sabían contar. Venales como todo el que poseía el menor poder dentro del imperio, vendían fácilmente su protección.

La magnificencia desplegada en el harén era prodigiosa. Cada mujer tenía sus esclavas y sus danzadoras; cada una estrenaba diariamente un traje y un adorno nuevos.

Las unas, las *begums*, cuyo nombre significa «libre de todo cuidado,» estaban alimentadas por los cocineros del emperador; las otras, las concubinas, debían proveer á su sostenimiento con los donativos que recibían.

Para la más querida y la más llorada de sus numerosas esposas hizo el emperador Shah Jehán construir aquel mausoleo espléndido, el Taje Mahal, todavía objeto de admiración. Es en efecto uno de los más maravillosos monumentos que el mundo posee.

Los mogoles, como los demás musulmanes cuya civilización continuaron, tuvieron siempre gran afición á las letras, las ciencias y las artes. Artistas, sabios, poetas, eran, cualquiera que fuera su origen, bien recibidos en su corte. Los monumentos que los mogoles han dejado y cuya magnificencia no ha superado el Occidente llenan aún de admiración. No eran menos cultivadas en su imperio las ciencias; fundaron escuelas y observatorios astronómicos. Su afición á la astronomía era muy antigua. En 1259, el khan de los mogoles, Hulagu, hizo venir á su corte á los más distinguidos sabios árabes y levantar en Me-garah un gran observatorio. Cuando Tamerlán fijó en Sumar-

kanda la sede de su gigantesco imperio, se rodeó igualmente de sabios, y á mediados del siglo xv, su nieto Olug-Beg hizo allí construir un observatorio provisto de magníficos instrumentos, entre los cuales había un cuarto de círculo que tenía, dicen, la altura de Santa Sofía, y gracias al cual hizo personalmente observaciones astronómicas muy precisas. Las publicó en una obra importante en que se trata de las más graves cuestiones de astronomía y que contiene posiciones muy exactas de las estrellas (1).

No se mostraron sólo los Grandes Mogoles protectores de las letras y de las ciencias; varios de entre ellos, como acaba de verse, las cultivaron con éxito. La afición á las letras y en particular á la poesía estaba muy extendida entre ellos; algunos escribieron libros notables. El célebre Tamerlán, que hizo, dicen, edificar en Bagdad una pirámide con cien mil cabezas humanas, fundó escuelas, cultivó las ciencias y escribió obras importantes. Sus descendientes, Baber, Jehangir, etc., tuvieron las mismas aficiones. Las Memorias de Baber, que se han comparado con justicia á los *Comentarios* de César, pueden ser consideradas como uno de los mejores modelos de esta literatura.

(1) Aún se ve en Delhi uno de los observatorios construídos durante el período mogol. Fué elevado hacia 1720 por el emperador mogol Mohamed Shah, por Jai Sing Rajá de Jaipur, que á su calidad de rajá unía las de astrónomo, ingeniero y matemático. Contiene un gnomon que tiene 17^m,25 de altura y 31^m,72 de base. Ese mismo Rajá perfeccionó el observatorio de que aún se ven las ruinas en Benarés y publicó catálogos de estrellas. Los instrumentos de estos observatorios eran seguramente primitivos si se los compara á los de los observatorios modernos; pero gracias á sus dimensiones permitían observaciones precisas con métodos muy sencillos. Sirva, para dar una idea, el de determinar por medio de un gnomon formado de un muro vertical dividido en grados, sobre el que proyecta el sol la sombra de un estilo fijado perpendicularmente á ese muro, la oblicuidad de la eclíptica y la latitud de un lugar. Las observaciones del sol, repetidas diariamente, dan en grados la mayor y la menor altura cenital del astro: la mitad de la diferencia entre esos dos números será la mayor declinación del sol y por consecuencia la oblicuidad de la eclíptica. Rebajando esa cifra de la mayor distancia cenital, se tendrá la latitud del lugar. Así fué como el astrónomo citado más arriba halló por la mayor declinación del sol 23°,28', cifra sensiblemente exacta, casi en menos de medio minuto.

Nos enseñan más ellas solas sobre esa mezcla de barbarie y de civilización que constituye el fondo del carácter mogol, que todos los libros de los historiadores. Nada de más curioso estudio que la figura de este emperador Baber, promovedor de la pujanza mogol en la India, tal como aparece en sus Memorias. Ese descendiente de Gengis-Khan y de Tamerlán, ese rudo guerrero que levantó como sus antepasados pirámides de cabezas cortadas, era al mismo tiempo un literato consumado. Hablaba el mogol, el árabe y el persa y componía versos en esta última lengua. Era un asiduo lector de libros de ciencia, de literatura y de historia, afición que no le impedía ser gran jugador, gran bebedor y en ocasiones un alegre compañero siempre dispuesto á sacrificarse por sus amigos. Sin dejar de saber ser, cuando llegaba la ocasión, el gran señor, invitaba á veces á los embajadores venidos á su corte á dejar todas las ceremonias y á disfrutar con él un día de placer. Aceptaba lo mismo una noche de orgía que una discusión sobre una cuestión de ciencia, de lógica ó de teología. En cada página de su libro, lleno de las más excelentes notas críticas y de un inalterable buen humor, prueba sin ninguna pedantería conocimientos extensísimos. No pierde jamás la ocasión de hacer un chiste ó de aplicar una palabra ingeniosa. Perseguido un día de cerca por tres caballeros que le seguían hacía cuarenta y ocho horas después de una batalla perdida, se detuvo, se volvió, se puso en guardia ante ellos y les dijo, truhanesco y altivo: «Quisiera verdaderamente ver, bravos señores, cuál de vosotros osará tocarme el primero.» El aplomo irónico del valiente capitán desconcertó de tal modo á los tres asaltantes, que se batieron inmediatamente en retirada.

Este hombre audaz, espiritual y sabio, uno de los más poderosos conquistadores del mundo, encarna verdaderamente el genio á la vez aventurero, refinado y bárbaro de su raza. Soberano de una aldea á los doce años, murió á los cincuenta emperador de las Indias, que había conquistado con doce mil hombres.

Todo paralelo entre los pueblos del Oriente y los del Occidente será siempre equivocado y hará difícil relacionar el perío-

do mogol con ninguno de los que ha atravesado Europa. No podría seguramente compararse con el período feudal. Un caballero mogol y un barón cristiano tenían sin duda aficiones igualmente absolutas y sanguinarias; pero el primero llevaba ventaja sobre el segundo por su cultura intelectual y por su amor entusiasta á las letras, á las ciencias y á las artes. No veo apenas otro período que el del Renacimiento que pueda compararse con la época mogol. Un gran señor mogol y un confederado francés se habrían confundido por su amor á las aventuras sangrientas, á las grandes estocadas, á las empresas amorosas, á las joyas, á las ricas telas, á los versos ligeros, y por su profundo menosprecio á ese rebaño humilde que formaban en Europa los siervos y en la India los sudras.

FIN DEL TOMO PRIMERO